

La calle para el jueves 28 de septiembre de 2006
Diario de un espectador
Carlos Cuevas Paralizábal
por miguel ángel granados chapa

Leemos, como todos los días, el obituario que publica *Reforma*, el hermano mayor de este diario. Es decir, la lista de las personas que mueren y cuyos funerales son atendidos por la agencia más antigua (esa cuyos agentes de ventas llaman por teléfono de cuando en cuando para describir sus indeseables servicios...para cuando se ofrezca, dicen cautelosos) En la edición de ayer venía la escueta noticia, es decir sólo el nombre, la edad y el destino: Carlos Lorenzo Cuevas Paralizabal, 73 años, fue cremado el martes al mediodía.

Nunca nos encontramos, pero teníamos noticia recíproca, como practicantes del oficio periodístico. Él era un reportero de la vieja guardia, que durante un tiempo “cubrió la fuente”, como se decía antaño (y también ahora) de la Presidencia de la república, si no recordamos mal, para el *Diario de México* y acaso para *El Día*. Aparte sus afanes reporteriles, era un escritor: cuentista y novelista. Fue autor de por lo menos 5 obras: *Los acarreados*, *El cocinero presidencial*, y una trilogía: *Sonríe, señor presidente*, *La primera dama* y *Los hijos del presidente*. Recordamos vagamente los dos primeros, en cuya portada había grabados quizá debidos a Alberto Beltrán. Tenemos a la mano los dos últimos, amablemente dedicados a la distancia pues, como dijimos, nuestros caminos nunca se cruzaron, no nos saludamos siquiera jamás:

“Con mi respeto a sus juicios veraces y corteses en esta época de inverecundia”, y “para Miguel Ángel Granados Chapa, cuya labor dignifica el periodismo, de su colega” Aquel fue publicado en 1980, el segundo al año siguiente. Ambos figuraron en la colección Narración representativa de la Federación editorial mexicana.

Leamos como comienza *La primera dama*:

“Los dioses del destino, los dioses del azar, los dioses de la fortuna y, por qué no, los dioses del amor —quizá ahora ya pretéritos, cansados, añosos y rancios —te colocaron junto a este hombre -- maduro o juvenil natural o artificialmente, o provento, decadente y rugoso—que lleva cruzada sobre su pecho la banda tricolor, un símbolo patrio, el máximo que puede ostentar políticamente el nacional de un país, y que se presta a la reverencia, al asombro, a la exclamación que se escapan ante la grandeza y la docilidad de todo un pueblo que históricamente ha sido considerado como insumiso, rebelde e inclinado a la violencia, pero que en la actualidad se presenta como espejo de la más triste resignación ante los mayores de los infortunios. ¡Oh, los dioses! ¡Cuán bondadosos han sido! ¡Su munificencia no tiene paralelo! Porque de un simple mortal moldearon un dios autóctono, un ser singularísimo, especial, dotado sexenalmente de todas las virtudes.

Y, ¡oh, dioses!, no se detuvieron allí sino que te comunicaron esas cualidades y, de pronto, te viste magnificada, agrandada, sublimada, y te imprimieron una sonrisa maternal, un gesto enérgico, un atractivo especial, una virtud de poder guisar al Gran Guiador, un imán que hace a las palmas de las manos chocar fuertemente en todos quienes te ven y muestran azoro y comentan y vierten elogios públicos sobre tus dotes personales: maestra sin tacha, amante de los niños, organizadora de te canastas y de toda clase de reuniones para recabar fondos que mitiguen un poco las carencias de las venideras generaciones adultas, promotora infatigable —derroche inusitado de energías en un país donde todos buscan ahorrarlas y son calificados, por ello de indolentes, indiferentes, flojos, perezosos y paráliticos física y espiritualmente—de juntas de trabajo en las cuales se escuchan innumerables palabras sobre los problemas que afrontan las familias y que rematan invariablemente en frases halagadoras a tus oídos y que te empujan a idear nuevas formas de congregar esfuerzos...”